

Carlos PÉREZ L., *La huelga general como problema filosófico*, Santiago de Chile, Metales Pesados, 169 págs.<sup>1</sup>

1.

Llamémoslo de la siguiente manera para comenzar: un aura metafísica. Ha habido más de un intento por dotar a la huelga de esta dimensión. Como Carlos Pérez L. nos lo recuerda, sin embargo, esta dimensión de la huelga no ha corrido por cuenta de la filosofía las más de las veces, sino por cuenta de la literatura y del cine. Dos escenas, entre tantas, podrían servir para ingresar al problema que intentaré plantear, leyendo el libro que nos convoca. La primera es de Antonioni –quien filmó en más de una ocasión esas largas tomas suspensivas sobre la huelga, por ejemplo, en el asfixiante inicio de *El desierto rojo* (Italia, 1964)–:

“El argumento de *El grito* –dice Antonioni– me vino contemplando un muro. En Roma, el cuarto día de una huelga de barrenderos. Una Roma inundada de inmundicias, montones de basura coloreada por los rincones de las calles, una orgía de imágenes abstractas, una violencia figurativa nunca vista. Y en contraste, la reunión de los barrenderos entre las ruinas del Circo Máximo, un millar de hombres vestidos con camisas de color azul oscuro, mudos, ordenados, en espera de no sé qué.”<sup>2</sup>

La segunda escena la ofrece el escritor austriaco Peter Handke. Se trata de una larga entrada en el *Diario* titulado *El peso del mundo*. Ahí anota:

“Huelga general: por todos lados negocios abiertos, ómnibus que pasan, etc. y, sin embargo, las sensación de que ya no existe ninguna **conexión** entre las distintas actividades y movimientos; reina una libre e incoherente sucesión, primero un golpeteo tímido, después un pequeño ruido de motor frente a un semáforo, y las personas que no trabajan pasean como perdidas, conduciendo

---

<sup>1</sup> Esta reseña es una versión corregida y más extensa de la presentación del libro de Carlos Pérez L. realizada en la Galería Metales Pesados el 12 de abril de 2017. Participamos en dicha instancia Federico Galende (quien proporcionó una lectura admirable y sustantivamente distinta del libro) y el redactor de estas líneas. En nuestro caso la presentación se concentró en un único punto del libro, desde donde creímos posible ofrecer una imagen abreviada de su problema nuclear: el de la huelga general como –en tanto que– problema filosófico. Desde la lectura propuesta, tal punto lo constituye la idea de ‘circulación’; idea que Carlos Pérez L. trabaja fundamentalmente en el cuarto capítulo, a partir de una pléyade de autores (no sólo W. Benjamin, sino también, al menos, J. Derrida y W. Hamacher). Como sea, esta idea remite a una formulación clave del propio texto de Benjamin: la idea de un ‘círculo mítico de la violencia’. Cuál es la de/posición (*Setzung, Entsetzung*) de la huelga general en relación con dicho círculo, tal es la cuestión central de dicho capítulo –y desde nuestra perspectiva– del libro en general. Por lo anterior, el presente texto no reseña el libro, sino que lo comenta desde el punto de vista recién mencionado.

<sup>2</sup> Antonioni MICHELANGELO, *El desierto rojo*, Barcelona: Aymá, 1965, pág. 10.

desorientadas a niños o perros; hay ruido en los bulevares, pero un poco menos que de costumbre, de manera que comienzan pequeñas alucinaciones y uno quizá corra a meterse en un auto (y después me sorprendí de que la Torre Eiffel se irguiera desde la ciudad extrañamente descorporizada: la idea de que también la torre tendría que haber desaparecido con la huelga, como la mayoría de los otros fenómenos ciudadanos).”<sup>3</sup>

Parece una descripción onírica. Y lo propio vale para el inicio de la película de Antonioni antes citada. Los elementos del mundo están ahí, como siempre, igual que siempre, pero desprovistos de toda relación, como en *Stillstand*: suspendidos en una inquietante presencia silente (¿no es acaso el silencio lo primero que se oye en los pasajes recién citados?). Los elementos del mundo parecen destacar de pronto su pura presencia desnuda, ahí donde las relaciones que los ligan (esa “conexión” de la que habla Handke) ha sido súbitamente desactivada. No sólo las relaciones sociales (y en esa medida las relaciones de propiedad y las relaciones de producción), sino también las relaciones entre los hombres y las cosas, e incluso –cabría conjeturar– las relaciones mismas entre las palabras y las cosas. La vacancia de la huelga, la suspensión que ella abre respecto del tiempo del trabajo y de la producción, abre un hiato inesperado e inesperable por el cual los órdenes del mundo (*el peso del mundo*) resultan confundidos, perturbados, subvertidos. Son escenas –ya decíamos–, entre tantas otras del mismo tenor que podríamos encontrar cuando se atiende a la dimensión, por así decir, sonora, silente, de la huelga. La imagen que Carlos Pérez L. cita hacia el final de su libro (de “La continuidad de los parques”) apunta en una dirección similar: “La insoportable demora de la circulación detenida –agrega– se transforma poco a poco en el tiempo de otra circulación” (161).

Este modo de decir la circulación y la alteración de la huelga, empero, puede ser el lugar para iniciar una conversación con el libro, porque cabría preguntarse –abro entonces una primera lectura posible– si lo que está en juego en la huelga general no es, más bien, lo absolutamente otro respecto de cualquier circulación: la irrupción súbita y a la vez calma de un tiempo que no circula, de un tiempo de no-circulación, ese tiempo que, como la *Stillstand* benjaminiana, es pura detención, de tal modo que no aspira ya a circular ni a anudar ningún hilo (ningún acontecimiento). Es curioso que Carlos Pérez L. haya acudido justo a una imagen de esta naturaleza (“otra circulación”), toda vez que lo que está en juego en los ensayos de

<sup>3</sup> Peter HANDKE, *El peso del mundo*, trad. Nicolás Gelormini, Buenos Aires: Adriana Hidalgo, 2003, págs. 242-43. Destacado nuestro.

Benjamin (aquellos que se refieren al problema de la temporalidad mesiánica –y, así, a la propia “violencia pura divina” con la que el crítico alemán busca enlazar la huelga general) parece apuntar a una ruptura con lo que se ha convenido en llamar el “círculo mítico”<sup>4</sup> de la violencia. La “violencia pura” no designa, así, tanto la posibilidad de otra forma de circulación, como la inminencia –para prolongar la figura propuesta– de un corto-circuito radical.

Esta insinuación, esta clave de lectura polémica, no es, empero, un problema que haya pasado desapercibido al autor. La suya es una lectura y, a su modo, una defensa. Sin ir más lejos, el que creo es su capítulo más importante –el IV, y que lleva por título, justamente “La huelga general revolucionaria. Entre improductividad radical y la obra desconocida”; es decir, como si nos cupiera decidir el lugar de la huelga general *entre* esa disyuntiva: la de una *improductividad radical* y la de una *obra desconocida*–, este capítulo, digo, discute en lo sustantivo la tensión antes mencionada: aquella que emana de otra lectura –a estas alturas célebre– de “Para una crítica de la violencia”, la de Werner Hamacher en “Aformativo. Huelga”<sup>5</sup>, la que podríamos intentar resumir a partir de la siguiente pregunta: ¿qué es lo que obra – si es que hay *opera*, si es que hay *operación*–, en la huelga general revolucionaria?. Se trata de un intento por discernir –se sabrá reconocer el proverbio– *para quién* (“se”) *trabaja* (en) la huelga. Una posibilidad cierta –la más cierta, acaso– es que *nadie* puede llegar a saberlo plenamente, porque para que la eventualidad de esa detención radical tenga lugar, nunca basta, probablemente, con el mero concurso de las fuerzas humanas o de la voluntad de los hombres: ahí mismo se desencadenan y se conjuran fuerzas desconocidas que exceden toda medida humana (¿no es de esto que trata la “violencia pura”, la “violencia divina”?). De ahí que en los pasajes anteriores haya sido necesario subrayar que esa dimensión suspendida que adquieren los objetos del mundo (cuando aparecen desprovistos de conexión, de toda relación posible) tiene lugar algo que tan inesperado como inesperable, algo sustraído de cualquier régimen teológico o teleológico, una suerte de acontecimiento negativo, donde ya nadie espera nada de nada ni de nadie. Si tal fuera el caso –si, en su radicalidad, la huelga es un tiempo de suspensión e indeterminación, por el cual

<sup>4</sup> Cf. Walter BENJAMIN, “Para una crítica de la violencia”, trad. Pablo Oyarzún, en *Archivos de filosofía* nro. 2/3, UMCE, 2007/8, *passim*.

<sup>5</sup> Werner HAMACHER, “Aformativo, Huelga” en *Lingua Amissa*, trad. L. Carugati & M. Burello, Buenos Aires, Miño & Dávila, 2012.

desencadena justamente una potencia anónima y desconocida (y, por qué no decirlo: *monstruosa*)– no es la huelga el mejor lugar para depositar esperanzas.

Ahora bien, una palabra que se discute y se escudriña acuciosamente en el capítulo IV del libro da plena cuenta de la gravedad de este problema: la palabra alemana *Entsetzung*. Se trata prácticamente de un neologismo. Benjamin la ocupa rara vez; apenas una vez más en el llamado “Fragmento teológico político” y otra más en su estudio sobre el *Trauerspiel*, además de la mencionada ocasión en su escrito sobre la violencia-. La importancia de este término puede deducirse bien de su dificultad para traducirlo. Se trata de la acción (o más bien, quizá –este es el punto–, el cese de toda acción) por la cual lo que ha sido puesto (*Setzen*), establecido, determinado –y por derivación: inscrito, instituido, etc.– pierde la condición de tal (de posición, de determinación, de inscripción). La palabra contiene un pre-fijo negativo (*Ent*) que redobla entonces la idea de des-hacer, des-fondar, des-tituir, des-obrar (en el sentido francés de esta palabra: *désœuvrement*, el que tiene además un vínculo directo con la huelga<sup>6</sup>). Así, aún si se la ha traducido, invariablemente, por abolición, por destitución, por deposición, es este gesto (la “operación” o la des-obra) lo que está en juego en cada uno de los casos en que se la utiliza.

Pero, como decíamos, de lo que se trata al discutir esta traducción es apenas de subrayar un problema. Hamacher es el primero en ir al texto de Benjamin y subrayar el término (y luego Carlos Pérez L., ha vuelto sobre él), haciendo recaer sobre él la idea de una “lógica” (la “lógica de la destitución”, 127): “La violencia pura no instaura [*setzen*], sino que destituye [*entsetzen*], no es performativa sino *aformativa*” (127). La consecuencia de esta lectura es la siguiente; dice Hamacher:

“[la huelga es] [e]l acontecimiento social, económico y político en el cual no sucede *nada*: no se trabaja, no se produce, no se hace, persigue ni proyecta nada [...]. La huelga es un “no actuar”, en tanto “omisión de una acción” incondicionada equivale simplemente a la “interrupción de las relaciones”, a saber: de las relaciones de explotación, y así es un ‘medio puro, completamente carente de violencia’.” (130).

<sup>6</sup> Véase: J.-M. Garrido: “La palabra francesa *désœuvrement* [...] en el uso significa más bien ociosidad, desocupación, inactividad, reposo, incluso cesantía, entre otros. La palabra contiene la raíz *œuvre*, es decir obra. Etimológicamente, *désœuvrement* se refiere a la acción de cesar o dejar de ser obra, y tal es el concepto con el que Blanchot y Nancy buscan precisamente caracterizar la obra (literaria, comunitaria). *Désœuvrement* se refiere a aquello que, de la obra y en ella, resiste a o incluso interrumpe su naturaleza de obra”. Tomado de Jean-Luc NANCY, *La comunidad enfrentada*, trad. J.-M. Garrido, Buenos Aires, La cebra, 2002, pág. 26.

El pasaje es caro al libro de Carlos Pérez L. por una razón que no tarda en señalarse ahí mismo: está en juego ahí la “operación filosófica” nuclear del texto (esto es, la “*aformatividad* de la huelga”), una operación que, a su vez, el autor interpreta como una “reacción in situ” de parte de Werner Hamacher –digamos, una reacción todo lo directa e inmediata que podía serlo– al célebre, polémico –y a ratos lamentable– comentario de Derrida sobre la *Crítica de la violencia* benjaminiana (“Nombre de pila de Benjamin”<sup>7</sup>).

Como decimos, se trata de un aspecto caro al libro porque es desde ahí que éste decide su registro o su ámbito problemático; uno que no es, en principio, el más expedito para tratar el problema de la huelga. Así, cuando en la “Introducción” el autor decide informar acerca del curso interpretativo que se hará de la huelga en las páginas que siguen, parte por señalar que, sin descuidar otras lecturas y otras disciplinas probablemente menos extravagantes –y que están, sobre todo la dimensión histórico-política de la huelga, muy bien desarrolladas en el libro en los tres primeros capítulos del libro–, la de este libro quiere ser, en lo fundamental una *lectura filosófica* de la huelga. Se trata de un gesto de inscripción y de auto-posición, en el sentido del *Setzen* antes aludido. Lo expresa plenamente el título del libro: *La huelga general como problema filosófico*. Respecto de ese punto, uno no puede menos que preguntarse qué es lo que esta definición excluye –si por definición toda definición es tan inclusiva como exclusiva, en el sentido de que es excluyente–; qué es lo que deja fuera ese *parergon* que el libro se pone (*setzen*) a sí mismo a la hora de definir la aproximación a su objeto (la huelga general).

El libro se pone de antemano en aprietos: se ve en la obligación de hacerse cargo anticipadamente de una declaración de esa magnitud (una suerte de declaración de principios), esto es, a responder en pocas páginas acerca de lo que entiende por “problema filosófico” y a mostrar cómo la aproximación propuesta está entonces a la altura de esa declaración (“*La huelga general como problema filosófico* –señala el autor– no es de suyo una fórmula evidente. Hay que demostrarla. [Y] para hacerlo se requiere de una comprensión previa de aquello que habrá de entenderse por *problema filosófico*”, 11). El resultado, como es de esperar, no es el mejor en este punto porque obliga al autor a un ejercicio forzoso: a medir por anticipado el desarrollo del libro.

<sup>7</sup> Jacques DERRIDA, “Nombre de Pila de Benjamin”, trad. P. Peñalver, en *Fuerza de Ley. El fundamento místico de la autoridad*, Madrid: Tecnos, 1995.

Sin embargo, la “demostración” que el autor le solicita a su propia investigación (el carácter no evidentemente filosófico de la huelga; y la necesidad consecuente de demostrar una inscripción semejante) es algo que termina despejándose plenamente por sí mismo en el curso de su propio movimiento. Esto no es poca cosa, el libro dibuja su propio recorrido y de ese modo *hace* lo que, quizá, no era necesario *decir* desde afuera: muestra en su despliegue las fuerzas históricas y políticas que concurren en el desencadenamiento del problema de la huelga general, para llegar (sobre el capítulo IV) a discutir la insuficiencia de la dimensión puramente histórica, puramente humana o política de la huelga, a la hora de indagar su *concepto*. En su movimiento, el libro recoge el impulso de una de las reflexiones más radicales, fascinantes y polémicas, que conozca la primera mitad del siglo XX: “Para una crítica de la violencia”, texto al que Carlos Pérez L. ha sido fiel *sin poder* serlo del todo, esto es, manteniendo abierta su condición problemática, reconociendo la imposibilidad de su plena aprehensión, su carácter, por así decir, intraducible e irreductible.

Es desde ese mismo impulso que el autor plantea su diferendo con la lectura de Werner Hamacher: mientras éste subraya un radical cese de obra en la huelga (esto es, el tiempo de una suspensión irreductible a cualquier tipo de obra o de operación), Carlos Pérez L. lee ahí mismo *praxis*. La clave de esta consideración son “Los archivos del sueño obrero” (para decirlo con Rancière); cuestión que se desarrolla fundamentalmente en los capítulos II y III. Tal aproximación a la huelga –una perspectiva “fundamentalmente histórica”, como ahí mismo se dice– sin embargo, implica en lo sustantivo: rescatar voces, discursos, prácticas y expresiones; en una palabra: rescatar un cierto lenguaje de la huelga, es decir, el trastorno y la conmoción de la lengua que emana de la detención, de la *Stillstand*:

“Sobre este punto –señala Carlos Pérez L.– cabe también prestar oídos a la circulación de voces y de palabras de la huelga general, circulación que comparte ciertamente la no-violencia del héroe trágico [...] pero que se distingue en su realidad de aquel silencio y de su inexpressividad” (132).

En lo sustantivo, diría que la apuesta del libro reside en sus esfuerzos por resistir la tentativa de un abandono a la “improductividad radical” de la huelga, esto es, a una improductividad que *no forma* ningún nuevo círculo para su circulación (puesto que es *a-formativa*), y que, de ese modo, suspende toda circulación posible, toda posibilidad de circulación; de resistir la idea, entonces, de que la huelga pueda ser considerada sólo y en tanto que puro corto-circuito, de que su lugar esté por

definición fuera de todo quicio<sup>8</sup>, lo que la conectaría con el enigmático final de un texto ya por sí mismo enteramente enigmático: la “política del nihilismo”<sup>9</sup>. Tal era, como se recordará, nuestro punto de partida (acá sí hay círculo, y es acá mismo donde se cierra): determinar el lugar y el *tiempo* de la (no)-circulación de la huelga.

Por todo esto es que hacia el final –era inevitable– nos topamos con esa suerte de mínima toma de posición que parecería confesar: *lo mío no es pura Entsetzung* (“creo que la improductividad [de la huelga] tiene un rendimiento activo, vale decir, productivo”, 141). En la interpretación del autor, las acciones humanas que concurren en una huelga (su lenguaje, las técnicas y estrategias involucradas) ofrecen una positividad mínima. No entonces, como sugeríamos al comenzar, un acontecimiento negativo. Toda esta indicación parece tener un carácter, por así decir, preventivo: que la huelga general, en la radicalidad que Hamacher reclama, pudiera quedar enredada con una suerte de despolitización. (Pero, ¿y si así fuera?; ¿y si una política radical –justo porque se trata una radicalidad sin concesiones– implica pactar con fuerzas que van más allá de las “fuerzas de la historia”, de toda medida humanamente concebible?).

Pero incluso esta (im)posibilidad –el hecho de que la huelga general, por tanto, nunca pueda ocurrir plena o propiamente (incluso si ella tiene lugar); o bien, que ella nunca pueda terminar de ocurrir, porque es a-teológica y, de ese modo, no

<sup>8</sup> A Hamacher pertenece también la genial intuición de haber vinculado dos ensayos en apariencia muy distintos (“Para una crítica de la violencia” y “Las afinidades electivas’ de Goethe”); puntualmente, las nociones de “violencia divina” y la de “cesura” trabajada por Benjamin en el tercer capítulo de su ensayo sobre *Las afinidades* a partir de Hölderlin. En sus “Lecciones sobre Kant”, por su parte, Deleuze hace algo sustantivamente similar: toma la cesura hölderliniana para pensar la trascendencia del tiempo kantiano y para agregar un tercer elemento: la célebre formulación de Hamlet, “the time is out of joint” (“el tiempo está fuera de quicio”). Dice Deleuze: “Hay una fórmula, una primera fórmula sobre el tiempo que me parece una de las más bellas cosas que se hayan dicho sobre el tiempo, Hamlet la ha dicho. La fórmula es totalmente conveniente: ‘el tiempo está fuera de quicio’ [...]. El quicio ¿qué es? El quicio, al pie de la letra, es el pivote. El pivote es eso alrededor de lo cual la puerta pivota [...]. El quicio es lo que hace pivotar la puerta de tal manera que pasa y vuelve a pasar por las marcas privilegiadas, llamadas puntos cardinales. ‘Cardinal’ viene de *cardo*. *Cardo* es precisamente el pivote alrededor del cual gira la esfera de los cuerpos celestes, y que los hace pasar y volver a pasar por los puntos llamados cardinales, y se marcan las vueltas a pasar [...]. Hölderlin añade que ese tiempo descurvado, tal que ya no riman el inicio y el fin, es un tiempo marcado por una cesura, y justamente es porque hay una cesura en ese tiempo, entonces un presente puro, que habrá –y la cesura lo va a distribuir–, un antes y un después, y los que no riman son ese antes y ese después”. Gilles DELEUZE, *Kant y el tiempo*, Buenos Aires: Cactus, 2008, págs. 41,42, 52. Trad. mod.

<sup>9</sup> Véase el cierre de “Fragmento teológico-político”: “Pues mesiánica es la naturaleza en virtud de su eterna y total caducidad. Afanarse en pos de ésta [...] es la tarea de la política mundial cuyo método ha de llamarse nihilismo”. En Walter BENJAMIN, *La dialéctica en suspenso. Fragmentos sobre la historia*, trad. P. Oyarzún, Santiago de Chile: ARCIS-LOM, 2005, 1996, 182.

tiene ni principio ni fin; nunca sabemos dónde ni cuándo parte ni donde o cuándo puede ir a parar-, incluso esta imposibilidad, decimos, no podría implicar una pasividad malentendida, una desafección con el mundo y con los otros, sino siempre la eventualidad de una pura indeterminación. El autor lo dice, al final, en forma inmejorable: “la nada está siempre sucediendo” (nueva vinculación con esa “política del nihilismo”). Desde esta perspectiva, lo que la acción revolucionaria *puede* (es decir, se trata de algo que pertenece al orden de la *potencia*) es apenas conjurar esa *nada* que suspende, disuelve y subvierte toda relación; lo que no puede, empro, es apropiarse esa fuerza, reclamarla para sí, concebirla como el producto total de una *praxis*: siempre hay un exceso o un excedente que no se deduce de la *praxis* y que -esto es decisivo- no va a parar a *ninguna parte* (o bien: *a todas*, porque es *común*; lo común mismo -la *nada-en-común* que- en la huelga *irrumpe* e *interrumpe*). Y quizá es solamente esto que no sabemos, y, sobre todo, que no podemos *llegar a saber* lo que mide la huelga general revolucionaria. De ahí el remate del libro:

“El tiempo presente no es estático. Todo presente se halla determinado por lo que aún no sabe de aquel fin hacia el cual se halla lanzada la obra que mantiene la traza del *tiempo fuera*, y así también estará determinado por lo que se revela en las transformaciones de esa misma producción.”

Ese tiempo es el tiempo de la huelga. Es, a la vez -al *mismo tiempo* que es siempre *otro tiempo*- el *tiempo* que desde siempre *resta*.

Diego Fernández H.  
[diegofernan@gmail.com](mailto:diegofernan@gmail.com)